

Crisis de las historiografías marxistas y últimas tendencias: ¿existe hoy una nueva historia social?

Ramón del Río (Universitat Autònoma Barcelona)

Resum /Resumen/ Abstract

L'article analitza les causes de la crisi de les historiografies marxistes: predomini de la historiografia de catecisme, plantejament ideològic ahistòric d'endevinar el futur i (excepte poques excepcions) obsessió per estudiar només les classes baixes i no les societats en el seu conjunt. La crisi ha dut a alguns a seguir negant (seguint als filòsofs) que la història tingui caràcter científic (gir culturalista, que inclou la història narrativa i el gir lingüístic), mentre que altres historiadors, encara que no qüestionen aquest caràcter científic, de fet prescindeixen de qualsevol teoria de la història i rebutgen l'anàlisi dels vells aspectes econòmics-socials (nova història política, científisme i fragmentació de la història en múltiples especialitats). Però també ha sorgit una nova història social, que es caracteritza per entendre el social com el conjunt de la societat, per treballar de forma comparada per a descobrir les característiques comunes d'alguns fenòmens històrics que poden semblar diferents i perquè, encara que els seus autors puguin partir mentalment de l'esbós de la història de Marx, no veuen la necessitat de citar-lo en una investigació històrica de finals del XX i inicis del XXI

El artículo analiza las causas de la crisis de las historiografías marxistas: predominio de la historiografía de catecismo, planteamiento ideológico ahistórico de adivinar el futuro y (salvo pocas excepciones) obsesión por estudiar sólo las clases bajas y no las sociedades en su conjunto. La crisis ha llevado a algunos a seguir negando (siguiendo a los filósofos) que la historia tenga carácter científico (giro culturalista, que incluye la historia narrativa y el giro lingüístico), mientras que otros historiadores, aunque no cuestionan este carácter científico, de hecho prescinden de cualquier teoría de la historia y rechazan el análisis de los viejos aspectos económico-sociales (nueva historia política, científismo y fragmentación de la historia en múltiples especialidades). Pero también ha surgido una nueva historia social, que se caracteriza por entender lo social como el conjunto de la sociedad, por trabajar de forma comparada para descubrir las características comunes de algunos fenómenos históricos que pueden parecer diferentes y porque, aunque sus autores puedan partir mentalmente del esbozo de la historia de Marx, no ven la necesidad de citarlo en una investigación histórica de finales del XX e inicios del XXI

The article analyzes the causes of the crisis of the marxist historiographies: predominance of the historiography of catechism, ideological ahistorical approach of guessing the future and (except few exceptions) obsession to study only the lower classes and not the societies in its set. The crisis has led some to continuing denying (following the philosophers) that the history has scientific character (cultural turn, which includes the narrative history and the linguistic turn), while other historians, although they do not question this scientific character, as a matter of fact do without any theory of the history and they reject the analysis of the economic and social old aspects (new political history, scientism and fragmentation of the history in multiple specialities). But a new social history has also appeared, which is characterized by understanding the social thing like the whole society, to work in compared form to discovering the common characteristics of some historical phenomena that can seem different and because, even if their authors can start mentally from the sketch of the Marx's history, they do not see the need to quote it in a historical research of the ends of 20th century and the beginnings of 21st century.

Paraules clau /Palabras clave /Key Words

Crisis de la història. *Gir culturalista*. Fragmentació de la història en múltiples especialitats. Nova història social

Crisis de la historia. *Giro culturalista*. Fragmentación de la historia en múltiples especialidades. Nueva historia social

Crisis in history. *Cultural turn*. Fragmentation of the story in multiple specialities. New social history



Como es conocido, a finales de la década de 1970 se inició una crisis en las historiografías marxistas, que terminó convirtiéndose en una crisis general de la historia. A mi entender, dos serían las principales causas que explican este desmoronamiento. La primera es indudablemente el tipo de análisis histórico que hicieron la mayoría de los historiadores marxistas. Ciertamente, algunos pocos historiadores marxistas del XX — como los estudiosos de la revolución francesa (Jaurès, Labrousse, Lefebvre, Soboul, etc.) o algunos británicos (Hilton, Thompson, Hill, etc.)— consideraron la visión de la historia de Marx como un esbozo, una hipótesis —a confirmar, matizar o rechazar por la investigación—. Pero la mayoría de los historiadores marxistas tomaron el esbozo de la historia de Marx como un *catecismo*, como una verdad absoluta, que simplemente había que rellenar con datos de cualquier país y época. El propio Marx había criticado ya en 1877 la actitud de «metamorfosar el meu esbós històric de la gènesi del capitalisme a l'Occident europeu en una teoria històrico-filosòfica de la marxa general que el destí imposa a qualsevol poble, siguin les que es vulguin les circumstàncies històriques en què es trobi»¹. Visión de *catecismo* que sería también criticada por el historiador marxista renovador Thompson en 1978:

*La historia en El Capital, y en los escritos anejos, es enormemente fructífera como hipótesis (...). Encontramos aquí un verdadero haz de hipótesis (...), hipótesis que desde entonces el materialismo histórico ha estado poniendo siempre en obra. Pero ponerlas en obra no ha supuesto sólo “someterlas a prueba” o “verificarlas”, sino que ha supuesto también revisarlas y sustituirlas. Incluso las hipótesis históricas de Marx más elaboradas (...), como sus hipótesis más crípticas o complejas (por ejemplo, sobre la transición del feudalismo al capitalismo, o la “revolución burguesa” británica, o el “despotismo oriental” y el “modo de producción asiático”), siempre han estado sometidas, dentro del propio discurso de la demostración del materialismo histórico, o bien a reformas o a cambios mucho más radicales. ¿Cómo podía ser de otra manera? Suponer otra cosa equivaldría a suponer no sólo que todo puede ser dicho de golpe, sino además que la Teoría inmanente (o Conocimiento) halló su milagrosa materialización en Marx (...). Este es un cuento de hadas que se recita a los niños soviéticos en las clases primarias, y que ni siquiera ellos se creen*².

108

Y, además, la mayoría de los historiadores marxistas del XX no sólo tomaron el esbozo de Marx como un *catecismo*, sino que asumieron igualmente la parte más ideológica de la visión de Marx, que no tenía que ver con el pasado —el historiador puede analizar el pasado puesto que de él tiene datos—, sino con el futuro: el planteamiento político de que habría un etapa histórica posterior al capitalismo —un idílico *modo de producción* socialista—, etapa a la que *necesariamente* se iba a llegar más tarde o más temprano. Claro, un planteamiento no más ideológico que la suposición de Smith de que el proceso acababa *necesariamente* en el *paraíso* liberal-capitalista, o que la reedición de este mismo planteamiento doscientos años después por Fukuyama y su *fin de la historia*³. Pero que este aspecto de la visión de Smith sea puramente ideológico no invalida la afirmación de que este mismo aspecto de la visión de Marx es

¹ Cita de la carta de Marx a la revista rusa *Otetsvenskii Zapiski* e información en J. Fontana, *La història dels homes*, Crítica, Barcelona, 2000, pp. 192-193.

² THOMPSON, E. P.; *Miseria de la teoría*, Crítica, Barcelona, 1981 (1ª 1978), pp.111-112. Cursivas en el original.

³ FUKUYAMA, F.; *¿El fin de la historia?*, *El País*, domingo 24 septiembre de 1989.

también puramente ideológico, no histórico, porque no correspondía al análisis del pasado. Por tanto, la primera causa de la crisis de las historiografías marxistas estaría en el hecho de que la mayoría de estos historiadores no sólo tomaron el esbozo de la historia de Marx como un *catecismo* —frente a lo defendido por unos pocos historiadores marxistas e incluso por el propio Marx—, sino que asumieron como parte de la teoría histórica la visión ideológica de que el proceso histórico acabaría en una etapa futura, el *modo de producción* socialista.

La segunda causa de la crisis de las historiografías marxistas estaría relacionada con los aspectos del pasado que reiteradamente la mayoría de los historiadores marxistas se obsesionó por explicar. Está claro que a inicios del XX el interés de historiadores liberales o marxistas por el estudio de los aspectos económicos y sociales del pasado fue sin duda un avance frente a la simple historia política y militar —con suerte alguna reflexión económico-social— que hizo la historiografía liberal del XIX. Ahora bien, el problema estuvo en que, nuevamente con la excepción de los estudiosos marxistas de la revolución francesa —que integraron el análisis económico-social con el político e incluso, más recientemente, con el de los cambios de la mentalidad (Vovelle)—, la mayoría de historiadores marxistas de *catecismo* e incluso renovadores de Gran Bretaña (Thompson), no sólo se limitaron a los aspectos económico-sociales, sino más concretamente a los sociales y, además, entendidos como clases bajas y, especialmente, obreros. Curiosamente, sin embargo, la obra de más envergadura y rigor de Marx —*El Capital*— lo que analizaba era justamente el funcionamiento del sistema capitalista —o si se quiere *el poder*—: *Mercancía y dinero. La transformación de dinero en capital. La producción del plusvalor. El salario. Transformación de capital mercantil y de capital dinerario en capital dedicado al tráfico de mercancías*, etc.⁴. Un estudio que implicaba lógicamente a los *obreros*, pero no sólo, ni mucho menos, a estos. Si a ello añadimos el desarrollo de *nuevas sensibilidades* especialmente desde los años 60 del XX (los conflictos no eran sólo de *clase*, sino también de *género*, etc.), no es de extrañar que a finales de los 70 la historiografía marxista —percibida como *la historia social de los obreros*— comenzara a producir un cierto cansancio y hastío.

Por tanto, creo que estas dos serían las causas más importantes para explicar la crisis de las historiografías marxistas, y en definitiva de la *historia social*, desde finales de los 70: la primera, una visión de la historia que implicaba no sólo tomar el esbozo de Marx como un *catecismo*, sino asumir el aspecto ideológico de suponer que *necesariamente* la historia acababa en la etapa socialista. Y, la segunda, la obsesión de la mayoría de los historiadores marxistas, renovadores o de *catecismo*, por limitarse a estudiar casi exclusivamente a clases bajas y, en especial, a obreros. Es decir, que las causas profundas de la crisis habría que buscarlas en la forma de trabajar de la mayoría de los historiadores marxistas. O, dicho de otra manera, que las causas serían *internas*. Con todo, si bien en origen no es causa de esta crisis, es indudable que la caída de regímenes socialistas significó la puntilla⁵, porque mostraba como falsa la *futurología* de

⁴ MARX, K.; *El Capital: crítica de la economía política*, Siglo XXI, Madrid, 1976-1981, 8 v.

⁵ Sin embargo, J. Fontana aseguraba en 1982 que la causa fundamental de la crisis era que la visión de la historia de la historiografía marxista —y sin diferenciar el marxismo de *catecismo* de los renovadores— fue una copia de la visión liberal —aunque yo diría fue el propio Marx quien asumió esa visión de la historia como proceso evolutivo-continuo, visión que todavía se puede considerar más científica frente a los ciclos y discontinuidades de los filósofos (luego hablaremos de ellos)—, por lo que no servía para enfrentarse a los problemas reales de finales del XX (*Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Crítica, Barcelona, 1982, pp.247-249). Este análisis desaparece en 2000 (*Id., La història*), mientras que en 1992 rechazaba que la causa de la crisis tuviera que ver con la caída de los regímenes socialistas, pero a la



Marx de que el proceso histórico acababa *necesariamente* en el régimen socialista: ahora se volvía hacia atrás.

El alejamiento de los principios científicos de la historia: las llamadas *Últimas tendencias*

La crisis va implicar el alejamiento o incluso el rechazo de los *principios científicos* de la historia, es decir, de los planteamientos más consistentes a la hora de entender y trabajar la historia —lo que obviamente no significa que sean los definitivos— frente a todos los que se habían planteado de finales del XVIII a finales del XX. Unos principios científicos que algunos pocos historiadores del XX, marxistas y liberales (Bloch, Edward Carr, etc.), habían desarrollado o consolidado, a partir de los primeros pasos dados por las visiones liberal y marxista desde finales del XVIII a mediados del XIX, a pesar de su ideología. Aportación de Smith, asumida luego por Marx, fue sin duda plantear que la historia —lejos de ser una simple consecuencia de la *voluntad divina*, como había impuesto en Europa durante siglos la Iglesia cristiana— se debía sólo a *causas humanas* y era un proceso evolutivo hacia etapas mejores (o menos malas) y *continuo*, lo que permitía analizar causas y consecuencias de los hechos. Visión de la historia como proceso evolutivo y continuo que había rechazado el historicismo del XIX (y del XX), buscando las etapas más gloriosas en un pasado idílico. Y visión de la historia que rechazaron los filósofos de la historia del XX, defendiendo la idea de *discontinuidad*: la historia se compondría de una serie de ciclos de civilizaciones —desconectados entre sí—, civilizaciones que nacían, se desarrollaban y morían, hasta que un nuevo *genio* (Pablo, Mahoma, Buda...) se retirara del mundo, reflexionara y volviera con un nuevo proyecto de civilización que predicaría a los simples mortales. Así lo planteó Toynbee⁶, aunque antes ya lo había hecho Spengler, escribiendo en Alemania sobre *La decadencia de Occidente* justo cuando se acababa de establecer la república de Weimar⁷. Y *discontinuidad y ruptura* que, sin ciclos, también volvió a plantear a finales de los 60 el igualmente filósofo Foucault: «en esas disciplinas que se llaman historia de las ideas, de las ciencias, de la filosofía, del pensamiento, también de la literatura (...), la atención se ha desplazado (...), de las vastas unidades que se describían como “épocas” o “siglos”, hacia fenómenos de ruptura (...). En suma, la historia del pensamiento, de los conocimientos, de la filosofía, de la literatura parece multiplicar las rupturas y buscar todos los erizamientos de la discontinuidad; mientras que la historia propiamente dicha, la historia a secas, parece borrar, en provecho de las estructuras más firmes, la irrupción de los acontecimientos»⁸.

110

vez limita la crítica a las «formas elementales y catequísticas del marxismo» (*Id.*, *La historia después del fin de la historia*, Crítica, Barcelona, 1992, pp.7 y 9). En el caso de J. Casanova, al mencionar la crisis de la *historia social*, se entiende la marxista, a diferencia de Fontana no habla en primera persona y tampoco plantea ninguna causa concreta, salvo mencionar la arrogancia de estos historiadores que se consideraban *científicos* frente al resto (*La historia social y los historiadores. ¿Cenicienta o princesa?*, Crítica, Barcelona, 1991, p.110). Por el contrario, C. A. Aguirre parece que no abandona el barco, aunque a la hora de explicar la crisis viene a decir simplemente: *cosas que pasan* (*La historiografía en el siglo XX. Historia e Historiadores entre 1848 y ¿2025?*, Montesinos-Ediciones de Intervención Cultural, Barcelona, 2004, pp.17-20).

⁶ Ver TOYNBEE, A.; *Estudio de la historia*, Emecé editores, Buenos Aires, vol. I, 1951 (1ª 1934).

⁷ SPENGLER, O.; *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal*, Espasa Calpe, Madrid, 2002 (1ª 1918-1922), 2 v.

⁸ FOUCAULT, M.; *La arqueología del saber*, Siglo XXI, Madrid, 2003 (1ª 1969), pp. 4-5 y 8. Ver también *Id.*, *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, Madrid, 2001 (1ª 1966).

Ahora bien, el alejamiento o incluso el rechazo de los principios científicos de la historia que produjo la crisis no tiene que ver sólo con la idea de que la historia es un proceso evolutivo y continuo y debido sólo a *causas humanas*, sino también con otros planteamientos igualmente científicos, semejantes a los de otras ciencias. Veamos cuáles son. Uno nuevamente de Smith, asumido por Marx: el estudio de la historia permitía establecer *leyes generales*, es decir, que en las grandes etapas como el feudalismo⁹ o el capitalismo se podían reconocer unas características generales más allá de las peculiaridades territoriales. Otro principio científico, aportado en este caso por algunos pocos historiadores liberales del XIX (Tocqueville, Pírala): la historia se debía trabajar con *pruebas* —en su caso, documentos de archivo—. Y, finalmente, otros dos principios aportados por unos pocos historiadores liberales o marxistas en el XX: la historia es un *saber acumulativo* —los trabajos debían partir de lo investigado anteriormente— y emite *verdades provisionales*, no absolutas, es decir, tesis susceptibles de ser modificadas por investigaciones posteriores.

Pues bien. El alejamiento o incluso el rechazo de estos principios científicos se materializó en la mayoría de trabajos de las llamadas *Últimas tendencias*. Básicamente se dieron dos caminos: por un lado, se aprovechó la crisis para continuar el desprestigio de la historia negando su carácter científico, como habían hecho los filósofos a lo largo del XX, pero también en estos años por influencia del *postmodernismo*, que comenzó criticando la modernidad (y racionalidad) de la arquitectura de Le Corbusier, etc. y terminó por atacar igualmente a la historia¹⁰. Este camino llevó en la historia al *giro culturalista*, que se manifiesta sobre todo en la llamada *historia narrativa*, donde la historia no se diferencia —ni a juicio de sus autores debe diferenciarse— de la novela histórica, tal y como defiende el norteamericano White, uno de los grandes *popes* de este *giro culturalista*: «sé que la mayor parte de los historiadores modernos no quieren ser considerados escritores de “literatura”, entendiendo literatura como “ficción”. Sé que la mayoría de los historiadores creen que tanto los hechos como los relatos que ellos realizan de estos hechos residen en la historia o al menos en el registro histórico y no deben ser considerados como “inventados” por el investigador o “construidos” de la nada. Sé que la mayoría de los historiadores no quieren ser tomados por “poetas”, sino por académicos, y quieren que sus trabajos sean considerados contribuciones a la academia y no al “arte”. Sé todo esto, pero creo que un análisis de los escritos que de hecho produjeron los maestros reconocidos de la historiografía en nuestra tradición contradice el realismo de estas intenciones»¹¹. Así, ya en 1973 había asegurado que, en realidad, Tocqueville escribió tragedia, Michelet romance y Ranke comedia¹². Otra derivación del *giro culturalista*, aunque los autores suelen ser los mismos de la *historia narrativa*, son las elucubraciones del *giro lingüístico*: con la excusa de buscar el *significado exacto del texto*, terminan de hecho, ante las diversas opciones de interpretación, negando la posibilidad de conocer su significado y con ello el pasado. Claro, ignorando (intencionadamente o no) la documentación no discursiva que nos informa de las realizaciones políticas, sociales y económicas, etc., material más que suficiente para aproximarse al *significado exacto* de un discurso político¹³.

⁹ Aunque hoy sepamos que desde luego el feudalismo sólo se dio en Europa y Japón.

¹⁰ Ver por ejemplo FONTANA, J.; *La història*, pp.312-318.

¹¹ WHITE, H.; *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Paidós-I.C.E. de UAB, Barcelona, 2003, p.61.

¹² WHITE, H.; *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 2001 (1ª 1973), pp.135-222.

¹³ Ver el análisis crítico del *giro lingüístico* de FONTANA, J.; *La historia de los hombres: el siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2002, pp.137-140. Sobre culturalismo y giro lingüístico ver también E. Moradiellos,



El segundo camino de las llamadas *Últimas tendencias* tiene que ver con el cierto hastío de las visiones puramente económico-sociales que, como hemos dicho, habían olvidado en muchos casos hasta los aspectos políticos, y no digamos otros como los conflictos de género. Pero igualmente con el hecho de que se mezcló en el mismo paquete de *desprestigio de la historia* el fracaso que la caída de los regímenes socialistas indicaban sobre la visión ideológica de *futurología* de Marx, con las aportaciones que implicaban su *teoría de la historia*. Básicamente dos aportaciones: por un lado, la definición de las etapas no sólo por el grado de desarrollo económico (Smith), sino también por las relaciones sociales que se establecían entre las personas (amo-esclavo, señor-siervo, propietario burgués-trabajador). Y, por otro, partiendo del concepto de *lucha de clases* inventado por la historiografía liberal revolucionaria francesa, el análisis más complejo del paso de una etapa a otra, al menos de la feudal a la capitalista, que es la transición que más explicó: desarrollo de las fuerzas productivas —desarrollo económico y surgimiento de la clase burguesa que se fue progresivamente enriqueciendo—, contradicción entre ese desarrollo y las relaciones sociales feudales, lucha de clases entre la burguesía y la nobleza y revolución política. En resumen, el segundo camino de las llamadas *Últimas tendencias* está relacionado con el cierto hastío de los análisis centrados en sólo aspectos económico-sociales, pero también con la *suposición* de que, con la caída de los regímenes socialistas, no sólo se había *desprestigiado* la visión ideológica de Marx, sino también sus aportaciones a la historia.

Este segundo camino de las llamadas *Últimas tendencias* incluye a su vez diversas vías: en primer lugar, la vuelta a una llamada *nueva historia* política, que en realidad es vieja, ya que —igual que la que se hizo mayoritariamente en el XIX— es una historia descontextualizada de aspectos económico-sociales y otros. En segundo lugar, el refugio en el *cientifismo*, es decir, tras asumir el desprestigio de la historia —bien porque se creen a los culturalistas o por haber metido en el mismo paquete el aspecto ideológico de Marx y su válida teoría de la historia—, tender a utilizar el argot y/o las herramientas de otras áreas de conocimiento en sus trabajos de historia para que tengan una apariencia más científica. Como señala Fontana, el «“cientifismo” (...) sirve de refugio para historiadores y “científicos sociales” desorientados. No importa que los resultados de muchos de estos “trasplantes”, más que injertos, de métodos ajenos den resultados irrelevantes o risibles»¹⁴. Y, en tercer lugar y sobre todo, la fragmentación de la historia en múltiples especialidades, desconectadas entre sí y generalmente descontextualizadas, que ha llevado incluso —como señala nuevamente Fontana— a la barbaridad de convertir las *fuentes* orales en la *especialidad* de historia oral.

112

La primera reacción que suele suscitar la crisis de una fe es generalmente el escepticismo. Lo cual significa, en este caso, la desconfianza ante cualquier planteamiento teórico, que puede muy bien traducirse en formas de positivismo

«Últimas corrientes en historia», *Historia Social*, nº 16, primavera-verano 1993, pp.97-113.

¹⁴ FONTANA, J.; *La historia después*, pp. 27-28. Yo diría que esto es un ejemplo de *cientifismo* o se le parece mucho: «Una taxonomía completa de las fuentes de información histórica sólo es realizable por la combinación de puntos de vista, de criterios, diversos en orden a la distinción y la evaluación y, en definitiva, al uso que el investigador hará de sus fuentes. Es posible atender, al menos, a un *cuádruple criterio básico*. Las fuentes pueden ser ubicadas en una clasificación con arreglo a los criterios siguientes, expresados sin orden de prelación: CRITERIOS TAXONÓMICOS: *posicional* (fuentes *directas* o *indirectas*), *intencional* (fuentes *voluntarias* o *no voluntarias*), *cualitativo* (fuentes *materiales* o *culturales*), *formal-cuantitativo* (fuentes *seriadas* o *no seriadas* o *seriables* y *no seriables*)»: AROSTEGUI, J.; *La investigación histórica: teoría y método*, Crítica, Barcelona, 2001 (1ª 1995), p.381. Cursivas en el original.

enmascaradas de posmodernidad, en un eclecticismo superficial o en una sensación de que lo que necesitamos es cambiar con frecuencia el bagaje metodológico, renovándolo de acuerdo con las modas de cada temporada (...). La lista de tales “especializaciones” —que con frecuencia dan lugar a la organización de asociaciones de estudio, revistas específicas (se puede decir que no transcurre un mes sin que aparezca el anuncio de alguna nueva revista consagrada a “un nuevo objeto de estudio”), etc.— es inacabable (...). No es que estos aspectos no hayan sido tomados en cuenta anteriormente por la historia, sino que ahora tienden a desgajarse, a cerrarse sobre sí mismos, aislándose del estudio global de la sociedad, y a convertirse en territorio acotado de una práctica científica que se pretende autónoma. Una aberración que llega a su extremo cuando se pretende convertir en disciplinas independientes incluso lo que son simples técnicas de trabajo —herramientas que sólo tienen sentido cuando se ponen al servicio de una interpretación histórica global— como la historia oral o la arqueología industrial¹⁵.

Mención aparte, dentro de esta tendencia a la fragmentación y especialización en un aspecto, merece la *microhistoria*, porque no todo lo que engloba este término entra en la definición genérica que hemos hecho de la fragmentación. Desde luego la llamada historia *microscopio* del área de historia económica —estudio de la evolución de los ingresos procedentes de una sola renta de un señorío, del diezmo de una parroquia, etc.— no entraría en la definición porque generalmente es una historia integrada en una tesis general más global. Por el contrario, sí entraría en la definición la historia local originaria —la realizada por un *erudito local*—, porque no establece categorías en la información que selecciona y recoge del archivo local —desde la visita de un perro rabioso al pueblo hasta una revuelta de jornaleros—, no parte de lo investigado con anterioridad sobre cada uno de los numerosos temas que trata, ni los contextualiza en una visión más global. Sin embargo, al igual que la historia *microscopio*, no entraría en la definición de fragmentación y especialización la historia local universitaria, ya que también suele estar integrada en una tesis más global. Finalmente, tampoco entraría en la definición de fragmentación y especialización la *microhistoria* que más se autodefine con este nombre, pero en este caso, como veremos, por no ser más que una variante de la *historia narrativa*.

En un artículo de 1993 en la revista *Ayer*, Serna y Pons criticaban a Fontana porque, al analizar la *microhistoria*, sólo se refería a esta última —y no a la local y a la *microscopio*— y además limitándose a criticar a Ginzburg —el conocido autor de *El queso y los gusanos* de 1976¹⁶—, cuando había otros autores de más peso como Levi. Pero, tras la mención, no volvían a hablar de las historias local y *microscopio* y dedicaban gran parte del artículo a alabar las *enormes aportaciones* de Ginzburg¹⁷. Sin embargo, lo cierto es que el trabajo de Ginzburg *El queso y los gusanos* tiene poco que ver que ver con la historia —y mucho con la *historia narrativa*—, lo que se comprueba, no sólo leyéndolo, sino igualmente viendo cómo analizaba él mismo su famosa obra:

¹⁵ FONTANA, J.; *La historia después*, pp.13 y 84.

¹⁶ GINZBURG, C.; *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Península, Barcelona, 2001 (1ª 1976).

¹⁷ SERNA, J. y PONS, A.; «El ojo de la aguja ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?», *Ayer*, nº 12, 1993, pp. 93-133. Ver también su artículo «Formas de hacer microhistoria», en CABRERA, M. A.; y McMAHON, M.; (coords.), *La situación de la Historia. Ensayos de historiografía*, Universidad de La Laguna, 2002, pp.191-217.



Me propuse reconstruir el mundo intelectual, moral y fantástico del molinero Menocchio a través de la documentación producida por aquellos que le habían mandado a la hoguera (...). Los obstáculos que se interponían a la investigación eran elementos constitutivos de la documentación, y por ello debían formar parte del relato; del mismo modo que la excitación y los silencios del protagonista ante las preguntas de sus perseguidores, o ante las mías. De este modo las hipótesis, las dudas y las incertidumbres aparecían en la narración (...). El impulso hacia este tipo de narración (más aún, el impulso a ocuparme de historia) me venía de más lejos: de Guerra y paz, de la convicción expresa de Tolstói de que un fenómeno histórico puede ser comprensible solamente mediante la reconstrucción de la actividad de todas las personas que han formado parte de él. Me doy perfectamente cuenta de que estas afirmaciones, así como los sentimientos que las habían generado (populismo, rabioso desprecio por la historia vacía y convencional de los historiadores) dejaron en mí, desde el momento en que leí aquella novela por primera vez, una marca imborrable. Il formaggio e i vermi, la historia de un molinero cuya muerte había sido decidida hacía tiempo, por un hombre (un papa) que hasta un minuto antes no había oído hablar nunca de él, puede ser considerada producto mínimo y distorsionado del grandioso e intrínsecamente irrealizable proyecto de Tolstói: la reconstrucción de las innumerables relaciones que ligaban entre sí el resfriado de Napoleón antes de la batalla de Borodino, la disposición de las tropas y las vidas de todos los participantes en la batalla, incluyendo al más humilde de los soldados¹⁸.

Y no es muy diferente el planteamiento de Levi sobre la historia:

La microhistoria intenta no sacrificar el conocimiento de los elementos individuales a una generalización más amplia y, de hecho, insiste en las vidas y acontecimientos de los individuos. Pero, al mismo tiempo, intenta no rechazar todas las formas de abstracción, pues los hechos mínimos y los casos individuales pueden servir para revelar fenómenos más generales (...). La microhistoria avanza con más firmeza hacia las ramas no cuantitativas de la matemática a fin de suministrar representaciones más realistas y menos mecanicistas, ampliando así el campo de indeterminación sin rechazar necesariamente elaboraciones formalizadas (...). Éstas son, pues, las cuestiones y posiciones comunes que caracterizan la microhistoria: la reducción de la escala, el debate sobre la racionalidad (...), la atención a la recepción y al relato¹⁹.

114

En definitiva, como he señalado, el alejamiento o incluso el rechazo de los principios científicos de la historia se materializó en la mayoría de trabajos de las llamadas *Últimas tendencias*, a través de dos caminos: por un lado, se aprovechó la crisis para continuar el desprestigio de la historia negando su carácter científico, como hace el *giro culturalista*, que incluye la *historia narrativa* —de la que no se diferenciaría mucho la *microhistoria* tipo Ginzburg o Levi— y el *giro lingüístico*. Y, por otro, el hastío de los análisis centrados en sólo aspectos económico-sociales y la *suposición* de que no sólo se había *puesto en evidencia* el aspecto ideológico de la visión de la historia de Marx, sino también sus aportaciones, ha llevado a muchos historiadores a alejarse de la

¹⁸ GINZBURG, C.; «Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella», *Manuscrits*, nº 12, enero 1994, pp.13-42, citas de pp.30-31. Cursivas mías, salvo formales y *todas* que es de Ginzburg.

¹⁹ LEVI, G.; «Sobre microhistoria», en BURKE, P. (ed.); *Formas de hacer historia*, Alianza Editorial, Madrid, 2003 (2ª edición corregida y aumentada 2001), pp.119-143, citas de pp.138-139.

desprestigiada teoría científica de la historia (que sumaba aportaciones liberales y marxistas): nueva historia política, *cientifismo* y fragmentación de la historia en múltiples especialidades desconectadas entre sí.

Propuestas de renovación

Frente a esta situación de crisis de la historia, Fontana en 2002 propugnaba que se hiciera una nueva historia social entendida como el estudio del conjunto de la sociedad: «una nueva historia “total” [que] deberá ocuparse de todos los hombres y mujeres en una globalidad que abarque tanto la diversidad de los espacios y las culturas como la de los grupos sociales, lo cual obligará a corregir buena parte de las deficiencias de las viejas versiones»²⁰. La idea de una historia social entendida como historia del conjunto de la sociedad —es decir, la también llamada historia total o global— no es nueva. En 1973 ya la planteó Vilar: «el historiador que se pretende marxista rechazará (salvo para estudiar empíricamente un caso) el enclaustramiento en la “historia económica” (...). El mayor vicio de la práctica histórica (...) [es] el muy universitario respeto a los “compartimientos estancos”: para ti la economía, para ti la política, para ti las ideas (...). No es posible intentar un examen por “casos” nacionales del conjunto de modificaciones mundiales. Sólo es preciso pensarlos, situarlos en relación a ellas (...). Nos acercamos a la noción de “historia global” que yo he defendido a menudo y que provoca algunos sarcasmos. ¡Cómo si se pudiera decirlo *todo de todo!* Bien mirado, de lo que se trata tan sólo es de indicar *aquello de lo que depende el todo, y aquello que depende de todo*»²¹. Ahora bien, una cosa es *predicar* y otra *hacer*, ya que sus viejos trabajos sobre historia de España o de Cataluña son de aspectos económicos o sociales, pero no integrados en una visión global²².

Al año siguiente, 1974, Hobsbawm, en un artículo en el que criticaba el partidismo ideológico de la mayor parte de la historia del movimiento obrero y su estrechez de miras por analizar exclusivamente a obreros, señalaba que «la historia de la clase obrera forma parte de la historia de la sociedad o, mejor dicho, de sociedades concretas que tienen en común cosas que pueden especificarse. Las relaciones de clase, sea cual fuere la naturaleza de la clase, son relaciones *entre* clases o estratos que no pueden describirse ni analizarse de modo adecuado si se toman aisladamente (...). Es necesario un modelo de lo que son y de cómo funcionan las sociedades»²³. Y en 1997 volvía a insistir en el mismo tema y se quejaba de que todavía no se hiciera ese tipo de

²⁰ FONTANA, J.; *La historia de los hombres: el siglo XX*, p.189. Aunque volvía a criticar la idea liberal de progreso.

²¹ VILAR, P.; *Historia marxista, historia en construcción*, Anagrama, Barcelona, 1975 (1ª 1973), citas en pp.37-38 y 99. Cursivas en el original.

²² En VILAR, P.; *Catalunya dins l'Espanya moderna* —Edicions 62, Barcelona, 1986 (ed. revisada, 1ª 1962), 4 v—, si exceptuamos los primeros tomos de descripción geográfica del territorio y de historia formal de los hechos más relevantes desde la prehistoria hasta la mitad del XVIII, el núcleo fundamental de investigación fue una indudable aportación pero de historia económica agraria y comercial, que no incluía aspectos sociales como las luchas de clases antiseñoriales. Y son básicamente de historia económica los diversos y variopintos (temas de las Edades Media y Moderna) artículos recopilados en *Crecimiento y desarrollo. Economía e historia. Reflexiones sobre el caso español*, Ariel, Barcelona, 1976 (1ª 1964), y más de historia social (y en gran parte siguiendo los manuales de Domínguez Ortiz y Artola) los recopilados en *Hidalgos, amotinados y guerrilleros. Pueblo y poderes en la historia de España*, Crítica, Barcelona, 1982.

²³ HOBBSAWM, E. J.; «Historia de la clase obrera e ideología» (1974), en *Id.*, *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1987 (1ª 1984), pp.11-28, cita pp.24-25. Cursiva en el original.



historia social: «el examen de la historia social en el pasado parece indicar que sus mejores cultivadores siempre se han sentido incómodos con el nombre mismo. O bien, al igual que los grandes franceses a quienes tanto debemos, han preferido decir que eran sencillamente historiadores y calificar su objetivo de historia “total” o “global” (...). La historia social nunca puede ser otra especialización como la historia económica u otras historias con calificativo porque su tema no puede aislarse (...). Los aspectos sociales del ser del hombre no pueden separarse de los otros aspectos de su ser (...). No pueden separarse, durante más de un momento, de la manera en que los hombres obtienen su sustento y su entorno material. No pueden separarse, ni siquiera durante un momento, de las ideas (...). ¿Hasta qué punto la investigación de años recientes nos ha hecho avanzar por el camino que lleva a una historia de la sociedad? Permítanme que ponga las cartas boca arriba. No puedo señalar ninguna obra sola que sea ejemplo de la historia de la sociedad a la que creo que deberíamos aspirar (...). La historia de la sociedad todavía se está construyendo»²⁴.

Pero nuevamente no es lo mismo *predicar* que *hacer*, porque los trabajos de investigación de Hobsbawm —especialmente del período de 1950 a 1980— tienen la estrechez de miras de analizar sólo a obreros —o *rebeldes primitivos* de clases bajas—, sin ninguna contextualización y cargaditos de ideología. Por ejemplo, en relación al ludismo inventó sin ningún soporte documental que el fundamental no se debió al odio de los obreros por las máquinas —supongo que pensó que el recién nacido proletariado que iba a hacer la revolución no podía rechazar el cambio tecnológico que justamente le estaba haciendo nacer—, sino que era una simple forma de presión sindical obrera para conseguir mejoras salariales y de jornada²⁵. Sin embargo, la investigación actual refleja que el sindicalismo de los treinta primeros años del XIX estaba formado por artesanos del sistema de trabajo a domicilio²⁶, que destruían las nuevas tecnologías como protesta por el incumplimiento de la ley que exigía siete años de aprendizaje con un maestro artesanal para poder trabajar en la industria —y que el gobierno incumplía debido al inicio de la expansión del sistema fabril— y a partir de 1814 exigiendo su reposición, ya que el gobierno había terminado por abolirla²⁷. Es decir, el ludismo lo hicieron artesanos del sistema de trabajo a domicilio en contra de los intereses de los verdaderos trabajadores del sistema fabril (en su mayoría mujeres y niños) —sólo podían trabajar con las nuevas tecnologías— y no por salarios o jornada, porque la mayoría de los artesanos trabajaban a contrata, por piezas, etc. Y tampoco es historia total —y además igualmente ideológica y partidista— su otro invento de rebeldes primitivos y bandidos sociales²⁸, se supone que buscando a los campesinos pobres de las guerrillas marxistas del Tercer Mundo unos antecedentes que no fueran revolucionarios —ya que *Marx había dicho* que el ignorante campesinado sólo adquiriría la conciencia de clase al convertirse en proletariado industrial—, pero que de alguna manera implicaran una cierta actitud contra el sistema establecido.

²⁴ HOBSBAWM, E. J.; *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona, 2002 (1ª 1997), pp.87-88 y 103-104.

²⁵ HOBSBAWM, E. J.; «Los destructores de máquinas» (1952), en *Id.*, *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979 (1ª 1964), pp.16-35.

²⁶ Sobre el sistema de trabajo a domicilio o *putting-out system* ver M. Berg, *La era de las manufacturas, 1700-1820. Una nueva historia de la Revolución industrial británica*, Crítica, Barcelona, 1987 (1ª 1985).

²⁷ RULE, J.; *Clase obrera e industrialización. Historia social de la revolución industrial británica, 1750-1850*, Crítica, Barcelona, 1990 (1ª 1986), sobre la organización sindical ver especialmente pp.401-451 y sobre el ludismo pp.402-403 y 524-543.

²⁸ HOBSBAWM, E. J.; *Rebeldes primitivos. Estudios sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Ariel, Barcelona, 1983 (1ª 1959); e *Id.*, *Bandidos*, Ariel, Barcelona, 1976 (1ª 1969).

En cualquier caso, como hemos visto, la propuesta de Vilar y Hobsbawm de hacer una historia social entendida como la historia del conjunto de la sociedad es la que volvía a hacer Fontana en 2002, lo que da a entender que, al menos hasta ese 2002, no había empezado a hacerse. En 2008 la revista *Historia Social* dedicó un monográfico al tema *¿Qué entendemos hoy por historia social?* Ahora bien, para empezar, no deja de ser algo sorprendente que se incluyan diversos trabajos de culturalistas —hasta de uno de los *popes* del culturalismo: Patrick Joyce— o que algunos autores consideren que la fragmentación en múltiples especialidades es —y desde una perspectiva positiva— la nueva historia social. En cualquier caso, aunque otros sí cuestionan la deriva de las *Últimas tendencias*, sólo Piqueras —y curiosamente en un artículo fuera del monográfico— es el que, tras criticar a filósofos de la historia y culturalistas y la estrechez de miras de algunos viejos historiadores sociales, defiende la necesidad de desarrollar «la historia social en su acepción más ambiciosa de historia de la sociedad»²⁹. En definitiva, igual que Fontana en 2002, Piqueras en 2008 insistía en que se hiciera ese tipo de historia social.

La nueva historia social actual

Entonces, ¿no existe todavía hoy esa nueva historia social entendida como historia total o global, historia del conjunto de la sociedad? Vayamos por partes. Lo primero que hay que decir es que Fontana no sólo *predicó*, sino que *hizo* historia global, ya que, en sus investigaciones de los 70 sobre la hacienda de 1814-1820, 1823-1833 y 1833-1845, además de la hacienda —y de forma integrada—, analizaba entre otras cosas la crisis económica postnapoleónica, el proceso revolucionario liberal de 1814-1820, la represión a partir de 1823, los enfrentamientos entre absolutistas moderados y ultras, la revolución definitiva de 1835-1836, la desamortización, etc.³⁰. Pero de forma más general se puede decir que, especialmente desde los 80, numerosos autores —aunque no sean tan famosos en España como lo eran los pocos que destacaban en el vacío historiográfico de los 60-70— comenzaron a publicar obras que pueden definirse como una nueva historia social.

A mi juicio, tres características tiene esta nueva historia social que la diferencian completamente de la que se hizo mayoritariamente a lo largo del XX. La primera característica es justamente esa definición de historia *social* como historia del *conjunto de la sociedad*, es decir, la llamada historia global o total. Por tanto, se investigan no sólo *obreros* o *clases bajas*, sino cualquier aspecto que ayude a entender mejor las características de esa sociedad que se estudia. Incluso *el poder* —o diría especialmente *el poder*—, cosa que para los viejos historiadores marxistas renovadores como Thompson —no así para los estudiosos de la revolución francesa— parecía *poco marxista*, pese a que, como decíamos antes, ¿qué otra cosa sino estudiar *el poder* hizo Marx en *El Capital*? Y no sólo el poder, sino también otros aspectos no tenidos en cuenta por la mayoría de los historiadores del XX: conflictos de género, mentalidades, etc. Cualquier aspecto. Pero estúdiese lo que se estudie, el aspecto investigado debe ser integrado —a diferencia de lo que hace la fragmentación de la historia en múltiples

²⁹ PIQUERAS, J. A.; «El dilema de Robinson y las tribulaciones de los historiadores sociales», *Historia Social*, nº 60, 2008, pp.59-89, cita de p.89.

³⁰ FONTANA, J.; *La quiebra de la monarquía absoluta (1814-1820). La crisis del Antiguo Régimen en España*, Ariel, Barcelona, 1971; *Id.*, *Hacienda y Estado en la crisis final del Antiguo Régimen español: 1823-1833*, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1973; e *Id.*, *La Revolución Liberal. Política y Hacienda en 1833-1845*, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1977.



especialidades— en una visión global, con trabajos de investigación de otros autores sobre los otros aspectos más relevantes de ese período (políticos, sociales, económicos, etc.) que no investiga el autor.

La segunda característica es la asunción de lo que en las visiones liberal (Smith) y materialista (Marx) se definían como *leyes generales*. Es decir, que las grandes etapas de la historia como el feudalismo tenían características generales comunes (al menos en Europa)—, lo que permitía hacer una historia comparada. Una historia comparada que posibilita a su vez confirmar o no estas características generales comunes. Historiadores liberales medievalistas de la primera mitad del XX, como Bloch y Pirenne, ya hicieron —y con este objetivo— una historia comparada del feudalismo europeo. Por ejemplo, Pirenne en su *Historia económica y social de la edad media* de 1933 señalaba: «en esta obra he tratado de poner de manifiesto el carácter y el movimiento general de la evolución social y económica de la Europa occidental desde fines del Imperio romano hasta mediados del siglo XV. Me he esforzado en considerar esta amplia extensión como un conjunto único, cuyas partes diferentes están en constante comunicación unas con otras; es decir, adopté un punto de vista internacional y me preocupé ante todo de determinar el carácter esencial del fenómeno que describía, concediendo menor importancia a las formas particulares que asumió, no sólo en diferentes países, sino en partes diferentes del mismo país»³¹. Ahora bien, la nueva historia social lleva este mismo planteamiento a etapas históricas más pequeñas, como por ejemplo el fascismo. Así, en 1989, el especialista en fascismo italiano Collotti señala en su obra *Fascismo, fascismi*: «né l'accentuazione della specificità delle esperienze nazionali può essere sufficiente per escludere l'adozione generale del concetto di fascismo: la specificità si verifica infatti proprio rispetto ad un fenomeno più generale, sostanzialmente cioè generalizzabile»³².

Y la tercera característica es que, aunque algunos de estos historiadores iniciaron sus trabajos como historiadores sociales dentro de un marxismo renovador, desde luego tienen claro que el esbozo histórico de Marx es una simple hipótesis que tendrá que ser confirmada, matizada o rechazada por la investigación, como hemos visto planteó ya en 1978 Thompson. Pero, además, pese a que puedan partir *mentalmente* de ese esbozo de la historia, no sienten ya la necesidad —que todavía tenía Thompson— de justificarse si su investigación lo contradice. De hecho, ya ni mencionan a Marx, supongo que por considerar que unas reflexiones sobre la historia hechas a mediados del XIX, por muy interesantes que fuesen en su momento, no tiene sentido que se mencionen a finales del XX y comienzos del XXI en un trabajo de investigación.

Y, como *para muestra vale un botón*, tomaremos como ejemplo de la existencia de esa nueva historia social la propia investigación que se hace desde los años 80 en nuestro Departamento de Historia Moderna y Contemporánea sobre el franquismo. Comenzaremos por la tercera característica, más sencilla de constatar y explicar, y después nos centraremos en las dos primeras. Se podría decir que los primeros trabajos de Molinero e Ysàs estarían más en la línea de un marxismo renovador por su interés en estudiar la oposición y el nivel de vida de los trabajadores. Pero, en cualquier caso, son ya investigaciones integradas en un marco global y en las que además —aquí estaría la

³¹ PIRENNE, H.; *Historia económica y social de la edad media*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1975 (1ª 1933), cita de p.8.

³² COLLOTTI, E.; *Fascismo, fascismi*, Sansoni Editores, Firenze, 1989, pp.3-33, cita de p.33.

tercera característica— las alusiones a Marx no existen³³, ambas cosas a diferencia de los marxistas británicos que estudiaron el movimiento obrero. Y obviamente esa desaparición de las alusiones a Marx para justificar sus tesis está en las obras posteriores de los diversos investigadores.

Vista la tercera, como he dicho más sencilla de constatar y explicar, vayamos con la primera característica: una historia *social* entendida como historia del *conjunto de la sociedad*. Es decir, que estudia no sólo *obreros* o *clases bajas*, sino cualquier aspecto que ayude a entender mejor las características de esa sociedad que se estudia —*el poder*, conflictos de género, mentalidades, etc.—, pero siempre integrados en una visión global. Desde luego, el poder ha sido uno de los aspectos más estudiados por estos investigadores. Es el caso de los trabajos de Molinero e Ysàs sobre la Diputación franquista de Barcelona en 1988 o sobre *Els industrials catalans durant el franquisme* en 1991 o la síntesis *El règim franquista. Feixisme, modernització y consens* en 1992³⁴. Igualmente, el de Thomàs sobre la Falange de Barcelona en 1992, el de Morente en 1997 —que no sólo estudia la depuración del magisterio, sino también el nuevo sistema educativo franquista comparado con el republicano—, el de Marín sobre los ayuntamientos franquistas en 2000 o, sin ser exhaustivos, el de Font sobre el franquismo en el mundo rural del norte de Catalunya en 2001³⁵. Estudios del poder que nos explican que los casi 40 años que duró el franquismo tienen mucho que ver con el importante soporte social, activo o pasivo, que tuvo de amplios sectores de la población incluyendo a trabajadores *disciplinados*³⁶. Y estudios que nos descubren cómo en la transición muchos franquistas —y con nombres y apellidos— se convirtieron en *demócratas de toda la vida* (o *catalanistas de toda la vida*) y nos descubren también que *no es oro todo lo que reluce*, si tenemos en cuenta la diversidad de razones —algunas forzadas— que llevaron al alistamiento en la División Azul, tal y como estudió Moreno en 2004³⁷. Y no sólo investigan el poder, sino cualquier aspecto que sirva para conocer mejor la sociedad que se estudia, pero integrando siempre este aspecto en una visión global, como se refleja por ejemplo en el ciclo de conferencias del GREF de 2006 sobre la mujer en el franquismo o en el del 2007 sobre la vida cotidiana³⁸.

Y la segunda característica de la nueva historia social hemos dicho que era la asunción de que, no sólo las grandes etapas de la historia, sino también otras más

³³ MOLINERO, C. y YSÀS, P.; *L'oposició antifeixista a Catalunya (1939-1950)*, Edicions de la Magrana, Barcelona, 1981; y «*Patria, Justicia y Pan*». *Nivell de vida i condicions de treball a Catalunya, 1939-1951*, Edicions de la Magrana, Barcelona, 1985. Claro, puede haber alusiones a Marx y Lenin para explicar lo que defendían los protagonistas: por ejemplo *L'oposició*, p.191.

³⁴ ³⁴ MOLINERO, C. y YSÀS, P.; «La Diputació de la postguerra (1939-1949)» y «La Diputació de 1949 al 1977», en B. de RIQUER (dir.), *Història de la Diputació de Barcelona*, Diputació de Barcelona, Barcelona, 1988; *Els industrials catalans durant el franquisme*, Eumo, Vic, 1991; y *El règim franquista. Feixisme, modernització y consens*, Eumo, Vic, 1992.

³⁵ THOMÀS, J. M^a.; *Falange, Guerra Civil, Franquisme. F.E.T. y de las J.O.N.S de Barcelona en els primers anys del règim franquista*, Abadía de Montserrat, Barcelona, 1992; MORENTE, F.; *La depuración del magisterio nacional (1936-1943): la escuela y el Estado Nuevo*, Ámbito, Valladolid, 1997; MARÍN, M.; *Els ajuntaments franquistes a Catalunya. Política i administració municipal, 1938-1979*, Pagès editors, Lleida, 2000; y FONT, J.; *¡Arriba el campo! Primer franquisme i actituds polítiques en l'àmbit rural nord-català*, Diputació de Girona, Girona, 2001.

³⁶ MOLINERO, C. y YSÀS, P.; *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Siglo XXI, Madrid, 1998.

³⁷ MORENO, X.; *La División Azul. Sangre española en Rusia, 1941-1945*, Crítica, Barcelona, 2004.

³⁸ Eso no impide, lógicamente, que se siga investigando el movimiento obrero, sólo que ahora se integra en esta perspectiva global: DOMÈNECH, X.; *Clase obrera, antifranquismo y cambio político. Pequeños grandes cambios*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2008.



pequeñas tenían —o podían tener— características generales comunes que permitían hacer una historia comparada y ésta a su vez posibilitaba confirmar o no estas características comunes. Pues bien, en esta línea trabajan ciertamente la mayoría de los investigadores del franquismo del departamento, lo que se refleja ya en algunos de los títulos de las obras citadas: *El règim franquista. Feixisme...* de Molinero e Ysàs o el término *Estado Nuevo* que aparece en el de Morente, etc. Y también en diversas publicaciones, como la editada por Di Febo y Molinero en 2005 sobre *Feixisme i franquismo en una perspectiva comparada* —con trabajos de la propia Molinero, Morente, Ysàs, Marín, etc.—³⁹ o la editada en el mismo año por Gallego —el especialista en nazismo de este Departamento— y Morente sobre el *Fascismo en España*⁴⁰. Una perspectiva comparada que permite a la mayoría de estos investigadores defender, igual que Collotti, que el franquismo fue una variante del sistema *fascista*. Un sistema *fascista* con características generales comunes, por mucho que tuviera peculiaridades territoriales, como el componente más racista del nazismo alemán o el del tradicionalismo y ultracatolicismo en Italia o España. En este sentido, como decían ya en 1992 Molinero e Ysàs, el franquismo español fue un régimen fascista, pese a que su larga duración en relación a los más famosos fascismos europeos le forzara progresivamente a maquillar algunas de sus características:

*En la configuració originària, el règim franquista pot considerar-se com una forma de feixisme, o com el feixisme de “tipus espanyol”; feixisme que va haver d’adaptar-se a partir del final de la segona guerra mundial a un context internacional ben diferent al de la segona meitat del anys trenta, i a partir dels anys seixanta a una societat en transformació profunda. L’allunyament cronològic de la guerra civil, i de les seves conseqüències, els canvis en la societat espanyola i els efectes d’una major relació amb l’exterior van portar a la impossibilitat de perpetuar el règim, ni tan sols amb retocs importants, després de la desaparició de Franco*⁴¹.

120

En definitiva, como consecuencia de la crisis de las historiografías marxistas de finales de los 70, no sólo han surgido los culturalismos, el *cientifismo*, la vuelta a la simple historia política o la fragmentación de la historia en múltiples especialidades desconectadas entre sí y descontextualizadas. Ha surgido también una nueva historia social, que se caracteriza por entender lo *social* como el conjunto de la sociedad, por trabajar de forma comparada para descubrir las características comunes de algunos fenómenos históricos que pueden parecer diferentes y porque, aunque sus autores puedan partir *mentalmente* del esbozo de la historia de Marx, no sólo asumen que se puede modificar parcial o totalmente ese esbozo en función de la investigación, sino que además no se sienten obligados a justificarse por esa *heterodoxia* y ni siquiera ven la necesidad de citar en una investigación histórica de finales del XX e inicios del XXI

³⁹ DI FEBO, G.-MOLENRO, C. (eds); *Nou Estat, nova política, nou ordre social. Feixisme i franquisme en una perspectiva comparada*, CEFID-F. Pi i Sunyer, Barcelona, 2005. O también THOMÀS, J. M. (ed.); *Franquisme/Feixisme*, Fundació d’Estudis Socials i Nacionals Josep Recasens, Reus, 2001.

⁴⁰ De GALLEGO, F. ver por ejemplo: «Ángeles con espadas. Algunas observaciones sobre la estrategia falangista entre la revolución de octubre y el triunfo del frente popular», en *Id.* y MORENTE, F. (eds.); *Fascismo en España: ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, El Viejo Topo, Barcelona, 2005, pp.179-209; e *Id.*, «Fascismo, antifascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del periodo de entreguerras», en ANDREASSI, A. y MARTÍN RAMOS, J.L. (coord.); *De un octubre a otro. Revolución y fascismo en el periodo de entreguerras, 1917-1934*, El Viejo Topo, Barcelona, 2010, pp.281-354.

⁴¹ MOLINERO, C. y YSÀS, P.; *El règim franquista*, p.103.

reflexiones sobre la historia que se hicieron a mediados del XIX.



